EL FUTURO DE LA UNIVERSIDAD

Y LA UNIVERSIDAD DEL FUTURO

José Duván Marín Gallego (Ph.D)¹
Universidad Santo Tomás (Bogotá)

¹ Doctor en Educación, con estudios posdoctorales en Narrativa y Ciencia. Docente investigador y coordinador de la línea de Currículo y Evaluación del Doctorado en Educación de la Universidad Santo Tomás. Autor de libros, capítulos de libros y artículos relacionados con la Epistemología de la Pedagogía, el Currículo y la Evaluación. Investigador asociado en Minciencias y miembro del grupo “Investigación en Educación, categorizado en A.

Introducción

Cuando la reforma de la Educación Superior de Córdoba (Argentina) apenas cumplía 90 años, Carlos Tünnermann (2008), afirmaba que “La reforma de Córdoba representa, hasta nuestros días, la iniciativa que más ha contribuido a dar un perfil particular a la Universidad latinoamericana” (p. 97); en el 2018, se cumplió la centuria, por lo que no es extraño pensar que la universidad ya realizó, bien o mal, la función correspondiente con la formación del capital humano de esta parte del mundo, y como productora y transmisora de conocimiento pertinente para el siglo pasado; solo la historia será la que juzgue cuál ha sido ese cometido. A partir de ahora, la nueva universidad tendrá que enfrentar los retos que le esperan para el siglo XXI y, por tanto, tendrá que pensar en nuevas reformas que estén de acuerdo con la evolución y los cambios científicos, tecnológicos, económicos, políticos y, en general, para un nuevo mundo, nuevas culturas sociales y nuevos valores. El desarrollo de la ciencia, la tecnología y las comunicaciones invaden toda la vida de la sociedad, y de ello, no escapa la universidad. No se trata, sin embargo, de comenzar de cero y de renunciar a los hechos del pasado, especialmente los que han tenido éxito, sino de revisarlos y adecuarlos a las necesidades y exigencias del futuro. Desde esta perspectiva futurista se tendrá que abordar el problema de la universidad latinoamericana.

El futuro nos preocupa a todos por igual; sin embargo, por su impredecibilidad nadie lo puede garantizar ni siquiera con mediana certeza, no obstante que el ser humano siempre estará en actitud y con el deseo de saber qué sucederá mañana, cómo funcionarán las cosas, qué nos depara el futuro.

Proyectar la universidad del futuro y para el futuro, no deja de ser un riesgo, especialmente, porque se corre el peligro de caer en meras especulaciones y utopías que no benefician en nada; el futuro no está escrito en ninguna parte y está todo por hacer. Con razón uno de los autores que ha trabajado el tema de la prospectiva, Michel Godet (1995), afirma que “Todos aquellos que pretenden predecir o prever el futuro son impostores” (p.58). Con todo, se asume el riesgo de la impostura,

sin pretender hacer “futurología”, hacer pronósticos, intentar prever o predecir el futuro, términos con los que suele hacerse este ejercicio. La futurología, se considera una pseudociencia y, por lo tanto, no es el término apropiado para este ensayo. Si queremos referirnos al futuro de la universidad, el término quizás más adecuado es el de “prospectiva”, entendiéndola como un esfuerzo de la imaginación creadora y de la reflexión para identificar oportunidades y amenazas futuras que pueden impactar en las organizaciones. “La prospectiva es una reflexión para aclarar la acción presente a la luz de futuros posibles” (Godet, 1995, p. 158); además, tiene un carácter científico que, según Gastón Berger, uno de los fundadores de esta disciplina, es la “ciencias que estudia el futuro para comprenderlo y poder influir en él”. La esencia de la prospectiva como ciencia del futuro, consiste en analizar los posibles efectos mediante una visión estratégica y un proceso de planificación para lograr cambios efectivos.

Con estas premisas se intentará hacer una reflexión prospectiva acerca de la posibilidad de la universidad latinoamericana y caribeña para ingresar al futuro, acompañada de una actitud de previsión, de reflexión y con la ayuda de estrategias que permitan anticipar los cambios en forma preactiva y provocarlos en forma proactiva, para iluminar las acciones del presente a la luz de las posibilidades deseables del futuro; se trata, en consecuencia, de prepararse ante los cambios previstos para reaccionar y provocar los cambios deseados con vista a lo que viene en el futuro (Godet, 2007).

Desde esta postura epistemológica de la prospectiva surge la posibilidad de analizar el futuro de la universidad latinoamericana y caribeña, a partir de la crisis que está atravesando y de sus posibles y deseables cambios que se deberían dar en sus cuatro escenarios fundamentales: la calidad de la educación, la formación de los docentes, la investigación y la internacionalización.

La crisis de la universidad

Tanto la globalización de la economía, como los desarrollos de la ciencia, la tecnología y las comunicaciones, están impactando de

manera decidida, en la vida de las personas y en las necesidades e intereses de las instituciones y, sobre todo, en la educación y la formación universitaria. De suerte que estos fenómenos son, sin duda, responsables directos de los enormes cambios en todos los órdenes sociales y, de manera especial, en relación con el conocimiento. La ciencia, a partir de la mitad del siglo XIX, viene produciendo cambios paradigmáticos, como lo expone Thomas Kuhn en *La Estructura de la Revoluciones Científicas* (1992) que, desde una ciencia normal y determinista como la de Newton y Galileo, bajo una visión del mundo acabado y perfecto, con cuyos principios y leyes se resolvían todos los problemas de manera segura, estamos ahora transitando hacia una nueva ciencia revolucionaria, una nueva concepción del mundo, mucho más compleja e imprevisible, como la que trajo el desarrollo de la física cuántica y, con ella, una actitud relativista e indeterminista del universo, acompañada de la incertidumbre del conocimiento, la aceptación y el reconocimiento del desorden y de los sistemas caóticos, como elementos constitutivos de la realidad, según lo exponen Morin (1998) y Prigogine (2009). Con la nueva física todo cambió: la inestabilidad y la incertidumbre del saber vinieron para quedarse, de tal manera que solamente podemos estar seguros del cambio permanente.

Bajo este panorama de un mundo globalizado y capitalista, de incertidumbre, escepticismos epistemológicos, de situaciones caóticas y contradictorias, los países latinoamericanos y caribeños se encuentran enfrentados a graves problemas que no han podido resolver, tales como la pobreza de grandes masas de la población, la desigualdad económica y social, el alto desempleo y su consecuente informalidad laboral, la corrupción de los sistemas políticos y económicos, el narcotráfico con todas sus secuelas, los grupos guerrilleros y paramilitares que azotan las regiones y toda una serie de delincuencia y de violencia contra niños y mujeres. Todos estos fenómenos han traído un efecto de crisis, tanto para las personas y la sociedad, como para las mismas instituciones. Pero, una de las más afectadas ha sido la institución educativa y con ella, la universidad que, ante esta encrucijada se pregunta: ¿Qué le espera, entonces, a la universidad para el futuro?

Lo que sucede en las revoluciones científicas kuhnianas ocurre también en los cambios sociales, y si vale la metáfora, en las “revoluciones sociales”. La institución universitaria del siglo pasado resolvía sus problemas de la misma manera que la “ciencia normal” resuelve los suyos, es decir, como “resolución de enigmas”, según Kuhn, mediante reglas de un paradigma vigente, pacífico y conservador, a la manera de lo que hace el científico cuando no se producen novedades ni cambios importantes en la ciencia. La universidad se había acostumbrado a dar respuesta a sus problemas con los medios tradicionales; se sentía segura de lo que hacía, y consideraba que lo estaba haciendo bien, porque la sociedad no le exigía más de lo común. Pero las revoluciones de las que se está hablando, han hecho que la institución universitaria tradicional, se encuentre en una profunda crisis, afectando a todos los estamentos universitarios: su economía, la cultura universitaria, la identidad propia, el papel que desempeña en la sociedad, los procesos de enseñanza y aprendizaje, la investigación y las formas de producción y transmisión del conocimiento y, en general, todas las funciones sustantivas, incluyendo a todos los actores. Algunos analistas, quizás un poco pesimistas, pronostican el fin de la universidad; alguien dice: “me atrevo a garantizarles que dentro de un siglo o menos nada quedará en el mundo de la vieja academia, de sus aulas, de su presencialidad, de sus bibliotecas de libros, de sus profesores hablando *ex cathedra* (Pasquali, 2010, p. 227). Otros, como R. Barnett (2002), sostienen que:

La universidad occidental está al final de su existencia. Pero puede surgir una nueva. [...] El futuro que nos llama, sin embargo, no es, simplemente, un nuevo orden, sino un orden con nuevas posibilidades que incluso pueden llegar a hacer una cierta justicia a los valores tradicionales (p. 25)

Las crisis no son del todo negativas, pues “resuelven” una situación, pero al mismo tiempo, permiten el ingreso a nuevas situaciones, obligan a tomar decisiones y a encontrar soluciones de fondo si no se quiere sucumbir en ellas. Ferrater Mora en su Diccionario de Filosofía (2004, Tomo I), dice que “Suele entenderse por crisis una fase peligrosa de la cual puede resultar algo beneficioso o algo pernicioso para la entidad que la experimenta” (p. 728). Esto hace que las crisis no se pueden valorar *a priori*, tanto positiva como negativamente, pero su solución

es competencia de todos los implicados. En palabras del economista Juanjo Gabiña:

Para encontrar las soluciones a la crisis es necesario contar con la iniciativa, la creatividad, la innovación y la movilidad de todos los implicados y afectados en cualquiera de los niveles y sectores en que desarrollan su actividad. Salir de la crisis exige también que todos sepamos, de verdad, lo que nos está pasando, ya que si deseamos el concurso y la participación de todos y cada uno de los actores de la sociedad, las soluciones que se adopten deben ser entendidas por todos y reconocidas como las más útiles y evidentes (1996, pp. 3-4)

También para Michel Alain (2002), “la eficacia de una organización depende de la competencia de todos sus actores, no solamente de la de sus miembros directivos” (p. 16). Estas afirmaciones ameritan una reflexión acerca de cuál debe ser el papel de cada uno de los implicados y los responsables de los cambios que tendrán que darse en la universidad en estos momentos de crisis. Si la universidad funciona como un cuerpo estructural y sistemáticamente organizado, la responsabilidad de su futuro es de estudiantes, docentes y directivos; pero, además, habría que incluir al Gobierno, la empresa pública y privada y, en general, toda la sociedad. Sin el acuerdo y sin el esfuerzo de todos sus actores, la universidad no podrá superar la crisis, su futuro será incierto y no se podrá llevar a cabo ninguna reforma, así se lo proponga.

Por otra parte, existe la convicción general de que la universidad es una de las instituciones esenciales para el desarrollo humano, social y sostenible y para el crecimiento económico, la solidez e identidad de los valores morales y culturales. En todo caso, la universidad tendrá que aprender a reinventarse. Este es el dilema de la universidad latinoamericana y caribeña del futuro: conformarse con ser una institución de segunda categoría, dependiendo de los conocimientos de las universidades de élite mundial, cargar con las exigencias y demandas técnicas y económicas del mundo globalizado o, por el contrario, buscar estrategias y alternativas que le permitan cumplir un papel relevante en la región, para el desarrollo integral de estos países, el bienestar de las personas y, al mismo tiempo, para el desarrollo de la cultura humanista y universal.

Por lo tanto, ante la crisis en la que se halla sumida y desde una perspectiva estratégica, la universidad latinoamericana y caribeña tendrá que abordar el problema desde estos cuatro contextos o escenarios, como los más importantes para el futuro del desarrollo posible: la calidad de la educación superior, la formación de sus docentes, la investigación y la internacionalización.

1. La calidad de la educación superior y el futuro en América Latina y el Caribe

La calidad de la educación superior es un problema complejo, pluridimensional y problemático que comprende todas las funciones y actividades propias de la educación superior: “enseñanza y programas académicos, investigación y becas, personal, estudiantes, edificios, instalaciones, equipamiento y servicios a la comunidad y al mundo universitario” (Unesco, 1999, p. 27). Existe una tendencia de los sistemas de globalización que pretende asociar el concepto de calidad con términos restrictivos de desarrollo económico, como cálculos de costo-beneficio, tasas de crecimiento de matrícula y cobertura, número de producciones científicas, número de empleos, en lugar de asociarlo con los conceptos de desarrollo humano y social, pertinencia, equidad, responsabilidad social, evaluación, acreditación, entre otros. Por otra parte, la calidad suele medirse bajo los mismos criterios y estándares con los que se mide a las universidades de países desarrollados, como se observa en los *Ranking* internacionales. Sin embargo, es necesario comprender que la calidad no es un concepto abstracto, desconectado de la historia, de los contextos sociales, económicos, políticos y culturales de las mismas instituciones educativas, las regiones en las que se hallan ubicadas y las comunidades para las que desarrollan su acción. Es por esto que se debe tener en cuenta que las necesidades y características de las instituciones de educación superior latinoamericanas y caribeñas no son las mismas de las instituciones de los países desarrollados de Europa o Norteamérica y, por lo tanto, que los de este lado enfrentan otros retos y otras exigencias, totalmente diferentes.

Para nadie es desconocido que los sistemas de educación superior de Latinoamérica y el Caribe aún tienen muchos problemas por resolver en relación con la calidad, por lo que es necesaria una revisión de los modelos de enseñanza y aprendizaje, muchos de los cuales suelen funcionar todavía según el modelo ilustrado de la universidad de los siglos XVIII y XIX y, con mayor razón, cuando inclusive, los modelos del siglo XX, se están revaluando, en la forma como lo afirma la Unesco (2005): “El modelo más o menos normalizado de las universidades del siglo XX está perdiendo la preponderancia de que había gozado hasta ahora en los sistemas de enseñanza superior de la mayoría de los países” (p. 100).

La universidad latinoamericana en el futuro tendrá que hacer mayores esfuerzos para evolucionar hacia sistemas de formación más flexibles, abiertos y globales, rompiendo con los cánones y sistemas por departamentos, facultades y disciplinas cerradas, que poco se comunican entre sí, y centrados, casi exclusivamente, en el profesor como el único mediador entre el estudiante y el conocimiento, cuando hoy existen muchos otros medios y mediaciones que pueden complementarse para una enseñanza y aprendizaje más eficiente, efectivo y pertinente. Un buen modelo global para el futuro de la formación lo proporcionan los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, Agenda 2030.

Las tecnologías (TIC), son y serán los medios más eficaces y complementarios del futuro para que la universidad transforme la enseñanza y el aprendizaje en el aula de clase por una que privilegie los sistemas y modelos a distancia, la virtualidad y la construcción de “redes de conocimiento” más complejas y menos jerarquizadas, creando comunidades interdisciplinarias transversales. La universidad del futuro ya no tendrá necesidad de invertir tanto en recursos físicos e infraestructura, particularmente en edificios y en aulas de clase, sino que la mayor inversión tendrá que ser en tecnologías de punta, especialmente en hardware y software, aplicaciones, simuladores y prototipos que le permitan desarrollar investigación y procesos de formación a través de la informática, la robótica, la inteligencia artificial

y la biotecnología, ya que la asistencia presencial de los estudiantes disminuye cada vez más, y se impone la enseñanza a través de medios virtuales y la educación a distancia; así podrá llegar a muy diversas regiones del país y del mundo, y al servicio del mayor número de usuarios. Las facultades de educación, deberán pensar las prácticas pedagógicas no en aulas tradicionales de clase, sino en verdaderos laboratorios y en espacios digitales con docentes que manejen toda esta nueva tecnología. Una buena estrategia podría darse a través de alianzas, convenios o redes de universidades, tanto nacionales como extranjeras, que comparten programas, cursos, recursos humanos, tecnológicos, presupuestales y logísticos, de tal manera que el estudiante pueda moverse con facilidad entre ellas, escoger el programa o los cursos que desee y que luego sean reconocidos, tanto por las respectivas autoridades académicas y gubernamentales de todos los países vinculados, como por el sector laboral.

No significa, sin embargo, que desaparezcan del todo los programas presenciales ni las plantas físicas universitarias, sino que, por el contrario, y de acuerdo con la Unesco (2005), las instituciones académicas deberán seguir existiendo en forma localizada, porque los centros de investigación y los laboratorios serán medios indispensables para los procesos investigativos y para que las instituciones sean lugares de encuentro entre estudiantes y docentes, en donde se resuelven problemas, se aclaran dudas y se intercambian conocimientos y experiencias; pero tendrán que complementarse con estructuras más descentralizadas, redes y uso de tecnologías de información y comunicación.

En función de la calidad, también es necesario que la universidad revise y realice cambios en los currículos y en los planes de estudio de las disciplinas, en los perfiles y competencias de sus egresados, pensando no solamente en las demandas laborales y de empleo, sino también en los valores ciudadanos, culturales y en los demás aspectos de la calidad de vida personal y social de las personas y de sus profesionales. Es preciso que la universidad tenga en cuenta que la industria no es la única que demanda preparación, capacitación y nuevos conocimientos,

ni la única que genera empleo, pues también lo hacen el comercio, el agro, la administración pública y privada, los servicios, la cultura, el arte, el deporte, la recreación y todas aquellas otras actividades que, de alguna manera, presten un servicio y un beneficio de bienestar para la persona, la comunidad y, a la vez, contribuyen al cuidado y protección del medioambiente y de la vida en general. Asimismo, es necesario tener presente que la “sociedad del conocimiento” no solo es resultado de los desarrollos de la ciencia y la tecnología, ni que el conocimiento es producto exclusivo de estos dos campos, creencia generalizada en el imaginario social y en los medios de comunicación, sino también de las ciencias sociales, las humanidades, el derecho, la literatura, el arte (poesía, música, pintura, etc.) y, en términos generales, de todas las creaciones de la mente, el ingenio y las actividades en las que la persona se desempeña como integrante de una sociedad y como parte de una cultura. De esta manera, las universidades de estudios generales no podrán desaparecer del panorama futuro.

La universidad tendrá que ingeniar estrategias para responder a la necesidad de una educación continua y permanente, especialmente, en relación con la actualización de sus de profesionales, consecuencia de la rápida obsolescencia del conocimiento, de acuerdo con los niveles de las carreras que se ofrecen y el papel que cumplirán en la sociedad y en el campo laboral, pensando en los cuatro niveles principales de profesionales: 1) Nivel de técnico y tecnólogo para aquellos cargos sobre todo, de tipo operacional; 2) Nivel profesional, graduado en carreras comunes, requeridas por la industria, el comercio y los servicios, como el ingeniero, el médico, el abogado, el contador, el administrador y que no demande demasiado tiempo para su graduación: un promedio de tres a cuatro años; 3) El nivel del especialista, que invierte uno o dos años más de su formación para desempeñarse con mayor pericia en un determinado campo del conocimiento de su respectiva área o disciplina; por ejemplo, el cardiólogo, el abogado penalista, el contador tributario; 4) El nivel de las maestrías y doctorados, cuya función y principal campo laboral, estará en la docencia y la investigación y, para lo cual, la preparación pedagógica e investigativa tendrá que ser la fortaleza de su formación.

Los estudios del Centro Interuniversitario de Desarrollo –CINDA-, servirán como conclusión de este apartado sobre la calidad de la educación del futuro, los cuales han demostrado que los sistemas de Aseguramiento de la Calidad en las universidades de los países de América Latina y el Caribe, han tenido un impacto y un efecto positivo, tanto en los sistemas nacionales de educación superior, como en la gestión institucional y en los procesos de enseñanza y aprendizaje. Sin embargo, la pertinencia y eficacia de los mecanismos de aseguramiento de la calidad, dependerán en el futuro de la capacidad para asumir los cambios que se están experimentando en la educación superior, especialmente, en consideración a la diversidad de los estudiantes, las instituciones, los programas y las modalidades de aprendizaje. Según este mismo estudio de CINDA, las nuevas generaciones de Aseguramiento de la Calidad, tendrán que hacerse cargo de aspectos como los siguientes:

- Necesidad de trabajar con definiciones flexibles y amplias (pero no por eso menos rigurosas) de calidad, que den cuenta de la diversidad de instituciones, estudiantes y demandas.
- Análisis de nuevos modelos institucionales, que haga posible avanzar y especificar esas definiciones más amplias de calidad.
- Énfasis en resultados, sin dejar de lado la preocupación por insumos y procesos.
- Profesionalización de los evaluadores, tanto de quienes toman decisiones como del personal técnico y de los evaluadores externos, así como la regulación de conflictos de interés entre las partes involucradas en estos procedimientos.
- Vinculación de los procesos de control de calidad con otros instrumentos de política, mas no de manera lineal o directa, sino buscando que se generen sinergias y complementaciones en interacción con mecanismos de apoyo, regulatorios, de financiamiento, de información y otros.
- Fomento y apoyo a mecanismos de gestión interna de la calidad, vinculación de los procesos de AC con la planificación institucional y promoción de mecanismos de autorregulación en las instituciones. (Bruner y Miranda, 2016, p. 205)

2. Formación de los docentes universitarios

En todos los procesos de reforma, de innovación y de cambio en la universidad, el docente es otro de los componentes de la calidad, al que tendrá que dedicar mayor atención la universidad del futuro, de manera especial, en relación con el perfil, sus competencias y el papel que desempeña en los procesos, no solo en función de la enseñanza, sino de los estilos de aprendizaje de los estudiantes y cómo aprenden a investigar. La formación y la carrera docente en la universidad del futuro, estará centrada principalmente en estos cuatro aspectos: la persona humana, la formación pedagógica, el cultivo académico e intelectual y la formación científico-investigativa.

La formación de la persona deberá tener como fundamento esencial los valores, especialmente su dignidad, libertad, autonomía, liderazgo, solidaridad y capacidad de trabajo en equipo, características estas que debe poseer el docente universitario y, sobre todo, como persona responsable de sus actos y respetuoso de sus compañeros de trabajo, del estudiante y de sus ideas.

La formación pedagógica es y deberá ser la esencia del docente, como especialista en procesos de aprendizaje, pues no se concibe un docente o un profesor en cualquiera de los niveles de la educación sin las sólidas bases de la pedagogía y de sus componentes: el currículo, la didáctica y la evaluación; así como de la práctica de estas disciplinas, herramientas que lo hacen competente para ejercer su profesión con dignidad y eficiencia. El discurso clásico, lineal y unidireccional que se establece entre el docente y el estudiante, tendrá que cambiarse por uno más abierto, global, interdisciplinar y generador de problemas, en el que se incentive la autonomía del estudiante, la crítica, la creatividad y la capacidad de búsqueda, solución e indagación de los problemas del conocimiento, de tal forma que prepare al estudiante para vivir en un mundo interconectado, de incertidumbres, cada vez más globalizado y cambiante.

La tercera característica del docente universitario debe girar al alrededor del desarrollo de su inteligencia, tanto racional como emocional, con una capacidad crítica, reflexiva y de transformación de

los procesos de enseñanza y aprendizaje (Giroux, 1990), incansable estudioso e investigador que promueve, al mismo tiempo, el desarrollo del pensamiento crítico de sus estudiantes, por una parte y, por la otra, con un dominio y control de sus emociones que cumplen también una función importante en la psiquis humana y sirven de guía cuando se enfrenta a situaciones difíciles y tareas demasiado complejas (Goleman, 1996). El futuro docente universitario necesita poseer habilidad para adaptarse a situaciones complicadas y de incertidumbre, con mentalidad abierta y ágil para asumir, tanto los retos del conocimiento, como los cambios de los procesos y transformaciones que se dan en el mundo y en la sociedad, con una visión de tipo internacionalista y global que, como bien dice Madera Soriano (2018):

Además del desarrollo de competencias globales integradas al currículo en los programas de formación de docentes, en contextos donde se requiere elevar los estándares de desempeño de la profesión docente, como en ALC, la internacionalización de la formación docente inicial y continua hace posible el desarrollo de competencias específicas de alto nivel, relacionadas al conocimiento y a la apropiación de: nuevas formas de aprender y enseñar, enfoques educativos de vanguardia, diseños curriculares innovadores y flexibles, buenas prácticas pedagógicas, evaluaciones constructivas, uso creativo de los recursos de información, tecnológicos y pedagógicos, creación de espacios novedosos de aprendizaje, entre otros, en especial a través de esquemas de una cooperación interinstitucional. (p. 99)

Para el buen ejercicio de su actividad docente e investigativa, el profesor tendrá necesariamente que poseer conocimientos de uno o más idiomas extranjeros y conocimientos y habilidades para el uso y el manejo de recursos técnicos, tecnológicos, informáticos y de comunicación, como instrumentos de investigación y medios y mediaciones pedagógicas.

Por último, la formación científica e investigativa del futuro docente universitario estará caracterizada, ante todo, por el dominio de los campos disciplinares de su formación profesional; pero además, por una formación epistemológica y metodológica sólidas, eje fundamental para el desarrollo de habilidades investigativas y producción de conocimiento científico, complementados con el

desarrollo de competencia para la búsqueda y hallazgo de problemas relacionados con el conocimiento y la ciencia; habilidades para plantear, formular hipótesis, proponer soluciones y utilizar diversos medios e instrumentos metodológicos, tecnológicos y lingüísticos, de manera especial, la escritura y redacción de textos científicos, como herramientas útiles en la sistematización y organización del conocimiento para el servicio de la comunidad.

Estos cuatro elementos de la formación del docente: personal, pedagógico, intelectual e investigativo, tendrán que ser los criterios de la formación integral del futuro y de la carrera del docente universitario, los que le harán más competente para los procesos de enseñanza y aprendizaje, y más que ser un transmisor de conocimientos, le permitirán desarrollar habilidades como auténtico mediador entre el conocimiento y el estudiante, así como un orientador y motivador del aprendizaje para conducir al estudiante por caminos más seguros y menos tortuosos del conocimiento y de la formación profesional e integral.

La tendencia actual de las universidades del mundo es la de contratar docentes con formación de maestría, doctorado y/o posdoctorados, tendencia que sin duda, se mantendrá en el futuro. Esta formación exige, además de cursar dos años para maestría y tres para doctorado, como mínimo, por encima de los títulos de graduados y de la tesis como proceso investigativo, requerirá recibir una sólida dosis de formación en investigación y en pedagogía para desempeñarse con eficiencia y eficacia en el campo de la docencia universitaria. Todo esto tendrá que complementarse y reconocerse con buenos incentivos, salarios y prestaciones sociales que le permitan valorar y dignificar, cada vez más, la profesión docente, al tiempo que le permitirán una mejor calidad de vida para sí y para su familia.

3. La investigación en la universidad latinoamericana y caribeña

Para los epistemólogos, el conocimiento y la ciencia se desarrollan en cinco contextos: 1) enseñanza y aprendizaje, 2) descubrimiento e innovación, 3) justificación y validación, 4) utilidad y aplicación, y 5)

gestión del conocimiento (Marín Gallego, 2018). Estos cinco contextos funcionan de manera integrada y sistemática; sin embargo, todo el proceso del desarrollo científico tiene sus inicios en el contexto de la enseñanza y el aprendizaje, que tiene su primera y principal acción en las instituciones educativas (escuela, universidad), formadoras del personal idóneo y competente para hacer investigación, a partir del cual, se desarrollan los demás contextos. Es por esta razón que este contexto en la universidad no se puede separar de la investigación, si se tiene en cuenta, además, que el investigador y el científico se hacen y la ciencia es una construcción artificial que comienza con la enseñanza (Echeverría, 1998).

Son las instituciones educativas las que desarrollan, no solo las competencias investigativas, sino también, las actitudes, el amor y la pasión por el conocimiento y la ciencia; los científicos conocen los primeros rudimentos de las ciencias en las aulas de clase, las bases epistemológicas y metodológicas de la investigación y del conocimiento, el uso de instrumentos y aparatos para la experimentación o extraer del mundo sus secretos, recoger datos y producir información.

Desde su nacimiento en la Edad Media, la universidad ha sido la principal fuente de generación de conocimiento y el lugar en donde más se hace investigación, innovación, transferencia de conocimiento y asimismo, se desarrolla la creatividad. Sin embargo, en la crisis de la globalización y de los grandes adelantos de la ciencia y la tecnología la universidad se cuestiona respecto al papel de la investigación: ¿Cuál es la función de la investigación en la universidad? ¿Qué tipo de investigación debe realizar? ¿Con qué medios puede hacer investigación? ¿Para qué y para quién?

Dar respuesta a todas estas preguntas no es tan fácil ni es la pretensión de este ensayo. Sin embargo, la ciencia y el conocimiento científico generan opiniones y actitudes diversas y contradictorias, desde los que profesan una fe ciega en los avances de la ciencia y la tecnología, considerándolos, muchas veces, la panacea para resolver toda clase de problemas, hasta los que asumen una posición escéptica y catastrófica, especialmente, en relación con la apropiación y el uso,

los valores éticos y sociales y los efectos impredecibles y muchas veces, no deseados, tanto para los seres humanos, como para el medio ambiente. Un descubrimiento científico, un avance tecnológico, una innovación que, de alguna manera, modifique la naturaleza o afecte a las personas o a la sociedad, ya no es un problema únicamente del científico ni de los tecnólogos, sino también de la universidad y de toda la comunidad, en cuanto puede traer serias consecuencias en el campo de lo ético, político, económico, medioambiental, de la salud pública y de la vida, en general; es decir, se vuelve cada vez más un problema complejo. La universidad tendrá que formar y enseñar a sus estudiantes a hacer investigación y a usar los resultados de la ciencia y los avances tecnológicos en forma crítica, a discernir los pros y los contras, los valores y sus antivalores, a utilizar con responsabilidad ética y social los efectos y consecuencias de sus investigaciones, no solo como problemas, sino también como parte de la cultura científica.

El futuro de la universidad consistirá, sin embargo, en mantener vivas las tres funciones sustantivas: la enseñanza, la investigación y la proyección o responsabilidad social. Si falta alguna de estas tres funciones, la universidad pierde su esencia y su razón de ser. Estas tres funciones no actúan en forma aislada, independiente y desarticulada en el contexto universitario. Por lo tanto, formar el capital humano para satisfacer las necesidades de la sociedad en sus diversos campos profesionales, seguirá siendo el primero y principal papel de la universidad; pero esta función tiene que llevarse a cabo en estrecha relación con las otras dos funciones y, de manera especial, con la investigación, pero estratégicamente; ambas funciones, aprendizaje e investigación, convergen, a su vez, en la prestación de un servicio a la comunidad que se beneficia doblemente: en primer lugar, con la preparación y formación de los mejores egresados, quienes deberán desempeñarse en la comunidad como personas comprometidas, ciudadanos honestos y democráticos, profesionales e investigadores éticos, idóneos y competentes y, en segundo lugar, por los resultados de la investigación misma, cuando se le apuesta a resolver problemas comunitarios y a colaborar con el desarrollo integral y sostenible de la región o del país (contexto de aplicación y utilidad). Por lo tanto, la investigación, la innovación y el emprendimiento, se constituyen,

de esta manera, en componentes transversales del currículo y de los planes de estudio; y aunque la universidad haga investigación pura o investigación aplicada, esta debe estar, principalmente, al servicio de la formación del personal humano y de la calidad de los proyectos educativos, al tiempo que contribuye a mejorar la calidad de la docencia, de la educación del país, de la región y todo el desarrollo sostenible.

Existe una tendencia en la universidad a hacer investigación para competir, de cierta manera, con la industria o con aquellos institutos dedicados, exclusivamente, a la producción de objetos o servicios que se ofrecen en el mercado con fines de lucro, de lo cual debe precaverse, pues de lo contrario, pierde su función y no tendría razón de ser como institución educadora y formadora, cuyo fin primario es el servicio educativo.

Un sistema de investigación y de innovación, antes de ser una opción económica, es también de tipo político y, mientras países como Suecia o Israel, asignan aproximadamente un 4.0% y 4.7%, respectivamente, de su PIB en investigación, los países latinoamericanos y caribeños alcanzan un promedio de 0.6% de su PIB¹, para investigación y, de ese presupuesto, todavía es muy poco lo que le llega a la universidad para investigación, a no ser que tenga recursos propios. Es por esto que a la universidad latinoamericana y caribeña, con sus escasos recursos tampoco le queda fácil competir con las grandes y prestigiosas universidades del mundo ni con los grandes laboratorios o institutos de investigación de los países desarrollados que, como sostiene la Unesco (2005), están cada vez más alejados, porque “Existe una verdadera brecha científica que separa a los países ‘ricos en ciencias’ de los demás. La vocación de la ciencia es universal, pero los adelantos científicos parecen ser la exclusiva de una parte del planeta” (p. 109). Sin embargo, las universidades de esta parte del mundo, tendrán que ingeniar estrategias más beneficiosas para ellas y para la sociedad,

¹ Según el Observatorio de Ciencia y Tecnología (OCyT), Colombia destinaba para inversión en Ciencia y Tecnología, al final del Gobierno del presidente Juan Manuel Santos, el 0.67% del PIB.

tales como formalizar convenios de colaboración y cooperación con institutos de investigación, ya sean nacionales o internacionales dentro de un contexto de gestión que, sin entrar en competencia con ellos, podrán servir de complemento en la formación académica y científica a través de desarrollar proyectos comunes, facilitar pasantías y entrenamiento a estudiantes y docentes-investigadores, los que servirán como medios para formar los mejores investigadores del país.

Además, las universidades tendrán que unir esfuerzos entre sí para conformar redes o centros de investigación colectivos en programas comunes, que agrupen al sector público y al sector privado, especialmente de la industria, y que puedan poner en contacto a los protagonistas claves del sistema de investigación e innovación. Esto, quizás, podrá ser uno de los mayores impactos futuros en relación con la formación, porque, además de producir conocimiento, tendrán la oportunidad de recoger e intercambiar información sobre la ciencia vigente y la tecnología más avanzada, así como gestionar, sistematizar, dar a conocer y divulgar esos conocimientos a través de publicaciones y otros medios (contexto de justificación y validación), tanto en el campo de la naturaleza, como en el campo de las ciencias sociales y humanas, en investigación pura o aplicada. Los resultados tendrán, necesariamente, que reflejarse en los currículos y en los procesos de enseñanza y aprendizaje e integrarse a ellos, como prácticas formativas y como opciones de especialización y de titulación.

En relación con la tercera función sustantiva, es decir, con la proyección o responsabilidad social, la investigación en la universidad debe contribuir también a resolver problemas de la comunidad, especialmente en las áreas en donde ejerce su influjo principal, ya sea local como regional o nacional. Para ello, será indispensable contratar personal docente formado en investigación (magísteres y doctores), más que conocedores de una disciplina que, al tiempo que formen a los estudiantes en investigación, gestionen, impulsen y desarrollen proyectos dirigidos a la solución de problemas comunitarios, con el apoyo de los recursos de los que pueda disponer para investigación; pero también en forma cooperativa y cofinanciada con el sector

público y privado de la localidad o de la misma región. Como ya se dijo, esta puede ser una de tantas posibilidades de impacto que la sociedad y los organismos evaluadores de la calidad suelen pedirle a la universidad y uno de los indicadores más importantes de I+D que, según la Unesco (2005), la investigación, innovación, creación y producción y divulgación de conocimientos, dependerá, sobre todo, de la interacción de las empresas, las industrias, la sociedad, las instituciones científicas de investigación y de enseñanza, y los organismos gubernamentales, a pesar de que en América Latina y el Caribe, según Gacel Ávila y Rodríguez-Rodríguez, (2018):

Hay poca tradición de colaboración entre el sector empresarial y el universitario, lo que habla, por una parte, del carácter poco innovador de los empresarios de la región, y por otra, de una falta de políticas públicas en este rubro. (p. 61)

Urge a la universidad latinoamericana y caribeña fijar, desde ahora, la atención en cuáles son las posibilidades de investigación, en qué campos sociales y en qué disciplinas científicas y tecnológicas se proyectan las necesidades del futuro, como la informática, la biotecnología, nanotecnología, inteligencia artificial, neurociencia, biomedicina, investigaciones relacionadas con el medio ambiente y el cambio climático, la protección y conservación de los recursos naturales del continente y del mundo, solamente para dar algunos ejemplos. En el campo de las ciencias sociales son todavía muchos más amplias las posibilidades de investigación, de acuerdo con los problemas del continente latinoamericano y caribeño, en educación, pobreza, desigualdad, salud, bioética, violencia, políticas de migración e integración cultural, problemas de género, también como los más comunes (contexto de descubrimiento e innovación). Vessuri (2008), sostiene que es necesario repensar la investigación y la educación superior para construir un futuro mejor y que:

El papel de la educación y la ciencia en este proceso se da por sentado -se toma como punto de partida- y se supone que el conocimiento y las habilidades serán al menos tan importantes para el futuro del mundo en desarrollo durante este siglo como lo fueron para los países desarrollados e industrializados en el pasado. (p. 124)

4. La internacionalización de la universidad latinoamericana y caribeña, una urgencia para el futuro

El filósofo y sociólogo alemán Ulrich Beck, en su libro *¿Qué es la globalización?* (2008), afirma que “En distintos lugares empieza a hablarse de una transnacionalización de los procesos formativos (universitarios) y de que son necesarios los currículos (‘estudios de carácter global’)” (p. 256); además, la *Declaración mundial sobre la educación superior para el siglo XXI de la Unesco* (1998), ha propuesto que la internacionalización de la educación superior es un componente clave para su pertinencia y su contextualización en la sociedad actual. Al paso que la ciencia y la tecnología se globalizan más y la sociedad del conocimiento avanza, un imperativo *sine qua non*, es su internacionalización, especialmente como un medio para superar la crisis de los procesos de transformación de la educación superior y de la universidad que, como bien lo afirma Tünnermann (2018):

La internacionalización de la educación superior contribuye a generar un mayor entendimiento entre las culturas y las naciones, al mismo tiempo que pone las bases para lo que más hace falta en la globalización actual: la solidaridad humana. La internacionalización de la educación superior es también una contribución a la superación de la crisis epistemológica que vive la educación en la actualidad, superación que es buscada tanto por los requerimientos tradicionales de la sociedad nacional como por los nuevos desafíos provenientes de la sociedad global. (p.18)

Por lo tanto, un reto para la universidad latinoamericana y caribeña del futuro es la necesidad de desarrollar estrategias y procesos de internacionalización en relación con las tres funciones sustantivas: la docencia, la investigación y la proyección o responsabilidad social, a fin de que su labor sea cada vez más pertinente y de calidad, que le permitan atender a las necesidades de la comunidad y la posibilidad de solucionar sus problemas.

Una queja frecuente en los procesos de internacionalización es la falta de presupuesto; pero, además de estas dificultades económicas, la

internacionalización de la universidad en América Latina, se obstaculiza, también, por la falta de interés, tanto por parte de las políticas internas de la misma universidad, como por las políticas públicas de cada país. Los numerosos esfuerzos de integración que se han dado en la región desde hace más de 50 años, no logran los efectos deseados como es de esperar. No obstante, en los acuerdos sobre economía, comercio, desarrollo industrial y protección del medioambiente, es importante incluir también propuestas de integración en ciencia, tecnología e innovación, intercambios científicos y tecnológicos e intercambios culturales y educativos.

Los más recientes experimentos de las dos últimas décadas del siglo XXI, han sido los de la Alianza del Pacífico (2011), entre Chile, Colombia, México, Perú, al que últimamente también se integró Ecuador; la Comunidad de Estados de América Latina y el Caribe – CELAC- (2010), por iniciativa del Gobierno mexicano, como un organismo intergubernamental de ámbito regional, constituido por los Jefes de Estado y de Gobierno de los países de América Latina y el Caribe; la Unión Nacional Suramericana -UNASUR- (2007), inició con 12 países, de los que actualmente se han retirado la mayoría de sus Estados miembros. En todos estos experimentos de integración la repercusión en la internacionalización de los procesos educativos ha sido muy tímida y hasta ahora no ha logrado ningún impacto en la región, aunque uno de los intentos mayores y, quizás el principal, de integración regional en educación superior, se realizó en la II Conferencia Regional de Educación Superior –CRES- celebrada entre el 4 al 6 de junio de 2008, en Cartagena de Indias. Allí se propuso la creación de un Espacio Latinoamericano y Caribeño de Educación Superior –ENLACES-. En esta conferencia se planteó la necesidad de crear un “espacio” de diálogo que articulase acciones concretas de cooperación, con la finalidad de reformar los sistemas y las instituciones de educación superior y crear condiciones para avanzar, mediante una agenda consensuada, hacia la superación de las deficiencias y brechas (Carvalho, 2010).

La CRES proclamó la Educación Superior como un bien público social, un derecho humano y universal y un deber del Estado. Además, se

propuso como objetivo principal, configurar un escenario que permita articular, de forma creativa y sustentable, políticas que refuercen el compromiso social de la educación superior, su calidad, pertinencia y autonomía de las instituciones. Uno de los puntos cruciales de esta Declaración, determinó que

Esas políticas debían apuntar al horizonte de una Educación Superior para todos y todas, teniendo como meta el logro de una mayor cobertura social con calidad, equidad y compromiso con nuestros pueblos; deben inducir el desarrollo de alternativas e innovaciones en las propuestas educativas, en la producción y transferencia de conocimientos y aprendizajes, así como promover el establecimiento y consolidación de alianzas estratégicas entre gobiernos, sector productivo, organizaciones de la sociedad civil e instituciones de Educación Superior, Ciencia y Tecnología. (CRES-IESALC-UNESCO, 2008, p. 2)

La propuesta de integración pretendía entonces diferenciarse de la experiencia europea, en consideración a las características de los países latinoamericanos y caribeños, especialmente porque los procesos de integración regional son tímidos, no existe una organización supranacional que movilice y asegure la adhesión de los países a programas de carácter regional, faltan recursos y existe una enorme diversidad organizacional entre los sistemas de educación superior en la región (Carvalho, 2010).

Aunque el contexto institucional de ENLACES, está abierto al diálogo, es amplio y refleja las necesidades, deficiencias, brechas y desafíos de los sistemas nacionales de educación superior; en más de diez años todavía no ha sido posible poner en marcha sus objetivos ni darles cuerpo a estas buenas intenciones. Este es un trabajo que deberán abordar las universidades de la región para un futuro no muy lejano, en coordinación con los gobiernos de cada país; no es una tarea fácil. Sin embargo, cuando faltan mecanismos de solidaridad claramente establecidos, voluntad y capacidad de los países para asumirlos, los costos pueden resultar onerosos; pero los beneficios, quizás, podrían ser mayores si la integración tiende a favorecer una acción conjunta para disminuir las brechas sociales, tanto internas como externas, no

solamente entre los países, sino también entre las instituciones de educación superior, ya que este es uno de los problemas más agudos en Latinoamérica. La Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Dirección de Cooperación con América Latina y el Caribe (2015), apunta lo siguiente:

La integración regional crea un marco más eficiente para la provisión de bienes públicos y para la generación de oportunidades a través de la negociación conjunta. De esta forma se pretende dar una respuesta más adecuada a los desafíos globales que se presentan en este siglo XXI como la inserción en la economía global, la prevención de los efectos del cambio climático y los riesgos naturales, la migración o la seguridad (p. 8)

El Observatorio Regional sobre Internacionalización y Redes de Educación Terciaria (OBIRET), IESALC, realizó recientemente la *Primera Encuesta Regional sobre tendencias de Internacionalización en educación terciaria en ALC*, con la participación de cerca de 400 instituciones de 22 países de la región (Gacel-Ávila y Rodríguez-Rodríguez, 2018). Sin embargo, estos últimos autores afirman que a “Los Gobiernos de ALC les falta visión y asumir un mayor compromiso hacia la internacionalización del sector para impulsar de manera más significativa políticas nacionales que rijan y faciliten los procesos institucionales en este aspecto” (p. 71).

Para estos autores citados, aunque los países encuestados presentan algunos avances en políticas públicas y en procesos de internacionalización y aunque es una de las prioridades en las agendas de desarrollo institucional de la educación terciaria, este “no es todavía integral, comprehensivo y transversal a las políticas de desarrollo educativo a nivel institucional, nacional y regional” (Gacel-Ávila y Rodríguez-Rodríguez, 2018, p. 82); sostienen, además, que falta aún mejorar algunos aspectos, como la elaboración de políticas públicas e institucionales más cercanas a las prioridades y necesidades educativas del sector; falta planeación estratégica y elaboración de planes operativos y cooperativos de internacionalización con metas precisas y posibles de alcanzar; identificación de recursos humanos y financieros; procedimientos de monitoreo, evaluación y

aseguramiento de la calidad de las estrategias, programas y currículos internacionales para una retroalimentación pertinente.

Al lado de la falta de políticas públicas sobre internacionalización de la educación superior, la universidad también presenta falencias para lograr los procesos de internacionalización; por lo tanto, necesitará valorar mucho más las experiencias internacionales de su personal académico, docente e investigativo; tendrá que disponer de unidades o centros y rodearse de personal idóneo para la gestión y el fomento de actividades de internacionalización; estructurar programas y currículos globales mediante convenios de colaboración académica entre universidades de distintos países, con base en las necesidades de formación, especialmente en aquellas carreras que permitan mayor movilidad laboral y profesional, así como políticas institucionales para homologar programas y asignaturas cursadas en otros países, siempre y cuando estén reconocidas legalmente en el respectivo país de origen. La investigación científica y tecnológica será uno de los instrumentos más idóneos de internacionalización, la que se podrá realizar mediante proyectos de cooperación y colaboración cofinanciados y mediante intercambio de investigadores, docentes-investigadores y estudiantes que realicen pasantías y prácticas, para evitar la fuga de cerebros y de talentos, uno de los mayores males que aqueja a la academia en Latinoamérica y el Caribe.

Como una prioridad estratégica para la internacionalización de la universidad, es preciso insistir en la necesidad de la formación de un nuevo docente universitario, con una visión más amplia y global de los problemas de la educación que, además de integrar las características de su profesión docente nacional, integre también en su formación y en su práctica, la dimensión internacional, las diferentes culturas nacionales e internacionales, y armonice sus propios conocimientos y sus acciones locales con las dimensiones y contextos globales, internacionales, interculturales e interdisciplinarios. Es importante, tal como se dijo antes, el conocimiento y dominio de los idiomas extranjeros que le permitan la comunicación para el buen desarrollo de los procesos e intercambios de internacionalización de la educación superior.

Conclusión

América Latina y el Caribe, están en mora de hacer un balance del papel y del rol que le tocará desempeñar a la universidad en la región y en el mundo de la globalización y de los cambios que se están dando en los distintos campos de la educación, la economía, la política y la cultura. Mientras el mundo se abre hacia nuevos horizontes de conocimiento y de desarrollo científico y tecnológico, la universidad de esta parte del continente americano, se mantiene todavía cerrada y anquilosada en sus viejas tradiciones y en el confort que había tenido hasta el momento, tanto en el campo de la enseñanza y el aprendizaje, como en el de la ciencia, la tecnología y la cultura. Mientras Europa viene apostándole a un espacio común de educación superior en el marco de la Declaración de Bolonia, a pesar de las críticas surgidas, América Latina y el Caribe todavía no saben a qué le apuestan. Hemos visto que se han hecho esfuerzos de integración regional, pero parece que la inercia de las instituciones, los sistemas burocráticos, el proteccionismo, los nacionalismos mal entendidos y, quizás, el poco interés, no permiten avanzar para resolver los más agudos problemas que aquejan a la población, como la pobreza, la violencia, el desempleo y la corrupción.

Aunque en reiteradas ocasiones la Unesco ha dicho que “La Educación para el Desarrollo Sostenible (EDS) permite a las personas cambiar su forma de pensar y trabajar hacia un futuro sostenible”, es también uno de los instrumentos más eficaces para resolver, si no todos, por lo menos algunos de sus problemas. Sin embargo, no existe el menor indicio de que, por lo menos, se está abriendo el debate para hacer de la educación ese instrumento eficaz de cambio y desarrollo, tanto desde las políticas de los Estados, como desde los mismos estamentos que conforman la vida de la institución universitaria. Pero, a pesar de la crisis por la que está atravesando la educación y la universidad en este momento de crisis e incertidumbre, motivadas por los procesos de globalización, no hay razón para perder la esperanza. La educación, así como las instituciones que la encarnan, son organizaciones vivas, autopoieticas, según Humberto Maturana, y autorreferentes, según Niklas Luhmann, es decir, con capacidad para recuperarse,

autorregenerarse y repensarse para transformarse; por lo tanto, no habrá peligro, como sostienen algunos pesimistas, que la universidad desaparezca en el futuro.

A pesar de todo, la universidad del futuro tendrá que revisar y cambiar muchas de las funciones y acciones que realiza actualmente; mejorar la calidad en todos sus aspectos, tanto académicos, investigativos y de servicio a la comunidad, como administrativos y de infraestructura.

Siguiendo las sugerencias de la Unesco (1998), la gestión y la financiación de la educación superior deberán ser algunos de los instrumentos que mejoran la calidad y la pertinencia; por lo tanto, se requiere la creación de capacidades y la elaboración de estrategias apropiadas de buen gobierno, planificación eficaz y análisis de políticas, basadas en la asociación entre las instituciones de educación superior y las correspondientes autoridades. Aunque los gobiernos le recorten, cada vez más, al presupuesto destinado a la educación y a la investigación, las universidades tendrán que organizarse y asociarse para buscar recursos, superar el déficit económico y la falta de apoyo de los gobiernos.

Un papel importante que le compete a la universidad del futuro y como un elemento de su calidad, será el de gestionar y planificar el sistema de las nuevas carreras requeridas en cada momento, con base en las tendencias y necesidades de desarrollo de los países y de sus respectivas economías; pero también, de los adelantos científicos y tecnológicos y de las necesidades globales de la población, sin caer, desde luego, en los extremos de privilegiar y enfatizar solo en aquellas carreras que tienen más posibilidad de empleo temporal y de lucro, pero sin estabilidad hacia el futuro, o las que señalan los organismos multilaterales como las únicas que debe atender la universidad, tales como las que se clasifican entre las mal llamadas “ciencias duras” o que producen mayores dividendos económicos, olvidando el potencial de conocimiento y de acción que ejercen otros conocimientos, como las ciencias sociales y las humanidades, necesarias, también, para la innovación, la transformación social y la creatividad, en función del desarrollo, no solamente desde y para lo económico, sino para la

forma integral de la persona y para la vida, el bienestar, la paz y la convivencia entre los pueblos. Cada país y cada región, de acuerdo con sus características de desarrollo, tendrá que privilegiar unos conocimientos, unas profesiones y unos campos laborales más que otros, según las necesidades de la población.

El mayor reto de la universidad es su internacionalización, porque sin este cuarto escenario, es casi imposible un futuro deseable. Además de los beneficios que, sin duda, le traerá, tendrá que superar todo tipo de riesgos y obstáculos, sobre todo, de presupuesto para llevar a cabo los procesos y para el fomento de las actividades internacionales, así como para asegurar la calidad y el monitoreo.

Referencias

- Alain, M. (2002). Una visión prospectiva de la educación: retos, objetivos y modalidades. En *Revista de Educación*, núm. Extraordinario (2002), pp. 13-33.
- Barnett, R. (2002). *Claves para entender la universidad. En una era de supercomplejidad*. Pomares.
- Beck, U. (2008). ¿Qué es la globalización? Paidós Ibérica.
- Carvalho, J. R. (2010). Construcción de un espacio de Educación Superior Latinoamericano. En Cárdenas, J. M. (coord.). *La universidad latinoamericana en discusión*. (pp. 17- 25).
- Centro Interuniversitario de Desarrollo –CINDA-. (2004). *Competencias de egresados universitarios*. Alfabetas Artes Gráficas.
- Colomer, M. (coord.). (Noviembre, 2015). La Integración Regional de América Latina: Nuevos y viejos esquemas. Incertidumbre de futuro. *Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo*. <http://www.aecid.es/Centro-Documentacion/Documentos/Eficacia%20y%20calidad/Documento%20de%20trabajo%207.pdf>

- CRES-IESALC-UNESCO. (2008). Declaración de la Conferencia Regional de la Educación Superior en América Latina y el Caribe- CRES 2008. <http://docplayer.es/11234883-Declaracion-de-la-conferencia-regional-de-la-educacion-superior-en-america-latina-y-el-caribe-cres-2008.html>
- Díaz Sobrinho, J. (2008). Calidad, pertinencia: relación con el resto del sistema y la sociedad; responsabilidad social de la educación superior. En Gazzola, A. L. y Pires, S. (Coord.), *Hacia una Política Regional de aseguramiento de la Calidad en Educación Superior para América Latina y el Caribe*, (pp. 16-55) www.iesalc.unesco.org.ve
- Echeverría, J. (1998, 2ª ed.). *Filosofía de la ciencia*. Akal.
- Ferrater Mora, J. (2004, 3ª reimp. Tomo I). *Diccionario de filosofía*. Ariel.
- Gabiña, J. (1996). *El futuro revisado*. Alfaomega.
- Gacel-Ávila y Rodríguez-Rodríguez. (2018). La internacionalización de la educación terciaria en América Latina y el Caribe: Avances, tendencias y perspectivas. En Gacel Ávila, J. (coord.), *La educación superior, internacionalización e integración regional de América Latina y el Caribe*, pp. 57-88.
- Giroux, H. (1990). *Los profesores como intelectuales: Hacia una pedagogía crítica del aprendizaje*. Paidós Ibérica.
- Godet, M. (1995). Prospective: ¿por qué? ¿cómo? Siete ideas claves. En *Cuadernos de administración*, Vol. 14, No. 21, pp.155-164. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/autor?codigo=322342>
- Godet, M. (2007). *Prospectiva estratégica: problemas y métodos*, Cuaderno No. 20 (2ª. Ed.). Prospektiker.
- Goleman, D. (1996). *La inteligencia emocional*. Javier Vergara Editor.
- Kuhn, T. (1992, 1ª Reimp.). *La estructura de las revoluciones científicas*. Fondo de Cultura Económica.

- López Ospina, G. (2004). *Una mirada integral que permita descubrir el sentido y respuestas de la universidad del futuro (2005-2015)*. Quito-Ecuador: Organización de las Naciones Unidas Para la Educación, la Ciencia y la Cultura- UNESCO.
- Madera Soriano, L. I. (2018). Educación y desarrollo sostenible al 2030: internacionalización de la formación docente en América Latina y el Caribe. En Gacel Ávila, J. (coord.), *La educación superior, internacionalización e integración regional de América Latina y el Caribe*, pp. 89-110.
- Marín Gallego, J. D. (2018, 2ª ed.). *Investigar en educación y pedagogía. Sus fundamentos epistemológicos y metodológico*. Magisterio.
- Morin, E. (1998, 2ª ed.). *Introducción al pensamiento complejo*. Gedisa.
- OCDE. (2017), *Education at a Glance 2017: París: OECD Indicators*, OECD Publishing. <http://dx.doi.org/10.1787/eag-2017-en>
- Pasquali, A. (2010). Ciencia, tecnología e innovación en América Latina y los retos de la sociedad del conocimiento. En Cárdenas, J.M., (coord.), *La Universidad latinoamericana en discusión*, pp.219-227. Caracas: Unesco-IESALC. <http://unesdoc.unesco.org/images/0019/001917/191724s.pdf>
- Prigogine, I. (2009, 6ª ed.). *¿Tan sólo una ilusión? Una exploración del caos al orden*. Metatemas.
- Tünnermann, C. (2008). *Noventa años de la Reforma Universitaria de Córdoba (1918-2008)*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales-CLACSO.
- Tünnermann, C. (2018). La internacionalización de la educación superior. Significado, relevancia y evolución histórica. En Gacel Ávila, J. (coord.), *La educación superior, internacionalización e integración regional de América Latina y el Caribe*, pp. 17-39.
- UNESCO. (2005). *Hacia las sociedades del conocimiento*. UNESCO.

UNESCO. (1998). *Conferencia Mundial sobre la Educación Superior. La educación superior en el siglo XXI*. Informe final, Tomo I. <http://unesdoc.unesco.org/images/0011/001163/116345S.pdf>

Vessuri, H. (2008). El rol de la investigación en la educación superior: implicaciones y desafíos para contribuir activamente al desarrollo humano y social. En *La educación superior en el mundo 3. Educación Superior: Nuevos Retos y Roles Emergentes para el Desarrollo Humano y Social*. Global University Network for Innovation (GUNI) y Ediciones Mundi-Prensa, pp.119-129.